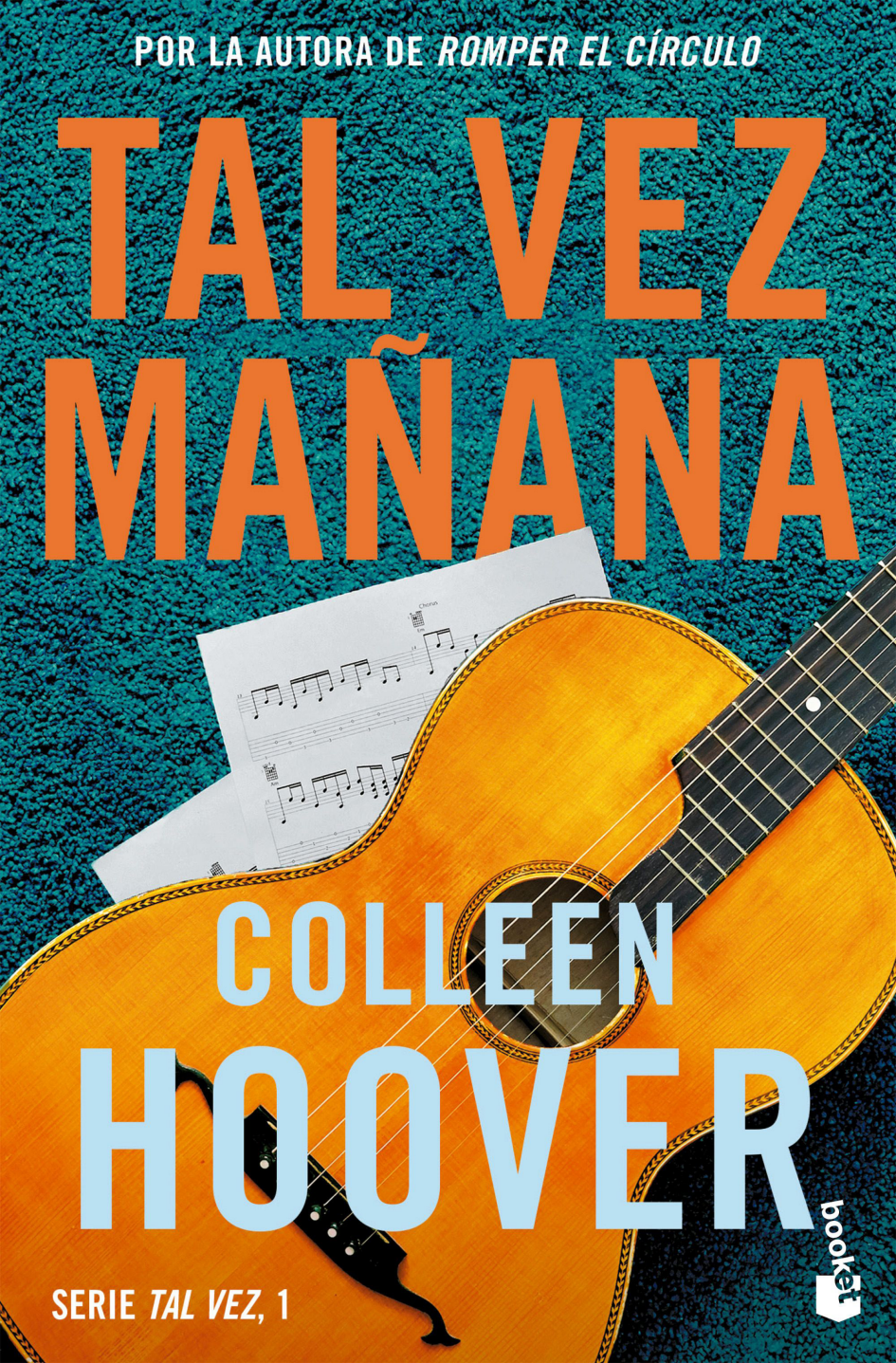


POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

TAL VEZ MAÑANA

The background is a textured teal color. In the foreground, there is a close-up of an acoustic guitar with a light-colored wood finish and a dark fretboard. A sheet of white paper with musical notation is placed behind the guitar's body. The title 'COLLEEN HOOVER' is printed in large, light blue, sans-serif capital letters across the lower half of the image, partially overlapping the guitar and the sheet music.

COLLEEN

HOOVER

SERIE *TAL VEZ*, 1

booket

Colleen Hoover

Tal vez mañana

Serie Tal vez, 1

Traducción de Montse Triviño González



Prólogo

Sydney

Le acabo de atizar un puñetazo en la cara a una chica. Y no a una chica cualquiera. A mi mejor amiga. A mi compañera de piso.

Bueno, creo que desde hace cinco minutos es mi excompañera de piso.

Ha empezado a sangrarle la nariz casi de inmediato y, durante un segundo, me he sentido mal por haberle pegado. Pero luego me he acordado de que es una zorra mentirosa y traidora y me han entrado ganas de darle otro golpe. Y lo habría hecho de no ser porque Hunter lo ha impedido al interponerse entre nosotras.

Así que en lugar de dárselo a ella, se lo he dado a él. Por desgracia, a Hunter no le he hecho daño. Al menos no tanto como me he hecho yo en la mano.

Pegarle un puñetazo a alguien duele más de lo que imaginaba, aunque tampoco es que hubiera dedicado mucho tiempo de mi vida a pensar qué se siente al propinarle un golpe a otra persona. Pero, ahora que

he visto un mensaje de Ridge en mi teléfono, me están entrando ganas de hacerlo otra vez. Otro con el que tengo que ajustar cuentas. Ya sé que, técnicamente, él no tiene nada que ver con el follón en el que estoy metida ahora mismo, pero podría haberme avisado un poquito antes. Sólo por eso, también me gustaría atizarle un puñetazo a él.

Ridge: ¿Estás bien? ¿Quieres subir hasta que deje de llover?

Pues claro que no quiero subir. Ya me duele bastante la mano. Si subiera al apartamento de Ridge, me dolería todavía más después de haber terminado con él.

Me vuelvo para mirar hacia su balcón. Está apoyado en la puerta corredera de cristal, observándome, con el teléfono en la mano. Ya casi ha oscurecido, pero las luces del patio le iluminan la cara. Me mira fijamente con sus ojos oscuros, y la forma en que curva los labios en una especie de sonrisa dulce y apenada hace que me cueste recordar por qué estoy enfadada también con él. Se pasa la mano libre por el pelo que le cae sobre la frente y su preocupación se hace más patente. Aunque tal vez sea una expresión de arrepentimiento. Como correspondería.

Decido no contestar y, en lugar de eso, le hago una peineta. Él niega con la cabeza y se encoge de hombros, como si quisiera decir «lo he intentado». Luego entra en el apartamento y cierra la puerta corredera.

Vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo antes de que se moje y echo un vistazo al patio del complejo de apartamentos en el que he vivido durante los dos últimos meses. Cuando nos mudamos aquí, el abrasador verano de Texas estaba devorando los últimos vestigios de la primavera, pero este patio parecía seguir aferrado a la vida. Los senderos que llevan a los distintos portales y a la fuente situada en el centro estaban flanqueados por hortensias de intensos tonos azules y violeta.

Ahora que el verano ha alcanzado su más desagradable punto álgido, el agua de la fuente se ha evaporado. Las hortensias no son más que un triste y marchito recuerdo de la emoción que sentí cuando Tori y yo nos instalamos aquí. Contemplar ahora el patio, derrotado por el verano, se me antoja un inquietante reflejo de cómo me siento en estos momentos: derrotada y triste.

Estoy sentada en el borde de la fuente de cemento, ahora vacía, con los codos apoyados en las dos maletas que contienen la mayoría de mis pertenencias, a la espera del taxi que debe pasar a recogerme. No tengo ni idea de adónde me va a llevar, pero sí sé que cualquier sitio es preferible a éste. Dicho de otro modo, soy una sintecho.

Podría llamar a mis padres, pero eso sería darles la munición que necesitan para empezar a bombardearme con el rollo ese del «ya te lo dijimos».

«Ya te dijimos que no te fueras a vivir tan lejos, Sydney.»

«Ya te dijimos que no te entusiasmaras con ese chico.»

«Ya te dijimos que si elegías Derecho y no Música, te pagábamos los estudios.»

«Ya te dijimos que pegaras con el pulgar fuera del puño.»

Bueno, vale, puede que nunca me enseñaran la técnica correcta del puñetazo, pero, si tanta razón tienen siempre, deberían haberlo hecho, joder.

Cierro el puño, luego estiro los dedos y después vuelvo a cerrarlo. Me noto la mano muy dolorida y no me cabe duda de que tendría que ponerme hielo. Me dan pena los chicos. Dar puñetazos es un horror.

Y hay otra cosa que también es un horror: la lluvia. Siempre encuentra el momento más inoportuno para caer, como ahora mismo, cuando acabo de convertirme en una sintecho.

Al fin llega el taxi y me pongo de pie para coger las maletas. Las arrastro mientras el conductor baja del coche y abre el maletero. Antes de llegar a darle la primera maleta, se me cae el alma a los pies al recordar que ni siquiera llevo el bolso.

Mierda.

Echo un vistazo a mi alrededor, hacia donde estaba sentada con las maletas, y luego me toco el cuerpo, como si el bolso fuera a aparecer como por arte de

magia colgado del hombro. Sé exactamente dónde está. Me lo quité del hombro y lo tiré al suelo justo antes de atizarle un puñetazo a Tori en su carísima nariz a lo Cameron Diaz.

Suspiro. Y luego me echo a reír. Claro que me he dejado el bolso. De haberlo llevado encima, mi primer día como sintecho habría resultado demasiado fácil.

—Lo siento —le digo al taxista, que en este momento está cargando la segunda maleta—. He cambiado de idea. Ya no necesito un taxi.

Sé que hay un hotel a poco más de medio kilómetro de aquí. Si reúno el valor necesario para entrar otra vez y recuperar el bolso, iré a pie hasta allí y me quedaré en una habitación hasta que decida qué hacer. Total, ya estoy empapada.

El taxista vuelve a sacar las maletas, las deja en la acera justo delante de mí y se dirige de nuevo a la puerta del conductor sin mirarme siquiera. Sube al coche y se aleja, como si mi cambio de idea le supusiera un alivio.

¿Tan patética parezco?

Cojo las maletas y regreso al mismo sitio donde estaba sentada antes de darme cuenta de que también soy una sinbolso. Levanto la vista hacia mi apartamento y me pregunto qué pasaría si subiera a recoger mi monedero. La verdad es que he armado una buena antes de largarme, así que casi prefiero ser una sintecho bajo la lluvia a subir otra vez allí.

Me siento encima de la maleta y analizo la situación. Podría pagar a alguien para que fuera a buscármelo, pero... ¿a quién? Por aquí no hay nadie y, además, ¿cómo sé si Hunter o Tori le darían mi bolso a un desconocido?

Esto es un horror. Sé que al final no me va a quedar otra que llamar a algún amigo, pero ahora mismo me avergüenza demasiado contarle a cualquiera lo ingenua que he sido durante los dos últimos años. He vivido completamente engañada.

Ya odio tener veintidós años, y eso que aún me quedan 364 días más.

Es todo tan asquerosamente patético que estoy... ¿llorando?

Genial. Ahora estoy llorando. Soy una sintecho y una sinbolso llorona y violenta. Y, aunque no me gusta nada tener que admitirlo, también tengo el corazón destrozado.

Sí, estoy sollozando. Deduzco que esto es lo que se siente cuando te destrozan el corazón.

—Está lloviendo. Date prisa.

Levanto la vista y veo a una chica justo encima de mí. Se cubre la cabeza con un paraguas y me mira con inquietud mientras salta de un pie al otro, como esperando a que yo haga algo.

—Me estoy mojando. Date prisa.

Su tono es un poco autoritario, como si me estuviera haciendo un favor y yo me mostrase desagrade-

cida. Arqueo una ceja al mirarla y me protejo los ojos de la lluvia con una mano.

No sé por qué se queja de que se está mojando, porque tampoco es que lleve mucha ropa que se pueda mojar. En realidad, no lleva casi nada. Me fijo en su camiseta, a la que le falta la mitad inferior, y me doy cuenta de que viste el uniforme de una cadena de restaurantes de comida rápida.

Este día no podría acabar peor... Estoy sentada encima de casi todas mis pertenencias, bajo una lluvia torrencial, mientras una camarera histérica de Hooters me mangonea.

Aún estoy absorta en su camiseta cuando me agarran de una mano y me levanta de un tirón.

—Ya me ha dicho Ridge que actuarías así. Me tengo que ir a currar. Sígueme y te enseño dónde está el apartamento.

Coge una de mis maletas, saca el asa y la empuja hacia mí. Luego se apropia de la otra y cruza el patio con paso decidido. La sigo, aunque sólo sea porque se ha llevado una de mis maletas y quiero que me la devuelva.

Cuando empieza a subir la escalera, se vuelve para gritarme por encima del hombro:

—No sé cuánto tiempo tienes intención de quedarte, pero sólo tengo una norma: ni se te ocurra entrar en mi habitación.

Llega a un apartamento y abre la puerta sin moles-

tarse siquiera en mirar si la he seguido. Cuando alcanzo el final de la escalera, me detengo justo delante y contemplo el helecho que, ajeno al calor, crece en un tiesto al lado de la puerta. Tiene las hojas verdes y exuberantes, como si esa negativa a sucumbir al calor fuera una manera de hacerle la peineta al verano. Le sonrío a la planta y me siento orgullosa de ella. Luego frunzo el cejo al darme cuenta de que envidia la capacidad de resistencia de un helecho.

Niego con la cabeza, aparto la mirada y, con paso vacilante, entro en el apartamento desconocido. La distribución es parecida a la del mío, sólo que éste tiene cuatro dormitorios en total, dos de ellos comunicados. El apartamento que compartíamos Tori y yo tiene dos habitaciones, pero la salita es del mismo tamaño que ésta.

La otra diferencia destacable es que por aquí no veo a ninguna puta traidora y mentirosa con la nariz ensangrentada. Ni tampoco veo los platos sucios de Tori ni su ropa desperdigada por ahí.

La chica deja mi maleta junto a la puerta, luego se hace a un lado y espera a que yo... Bueno, en realidad no sé qué espera que haga.

Con un gesto de impaciencia, me agarra del brazo y me obliga a dejar atrás el umbral y a entrar en el apartamento.

—¿Qué narices te pasa? ¿Sabes hablar? —me espeta. Empieza a cerrar la puerta, pero de repente inte-

rrumpe el gesto y se vuelve hacia mí con los ojos como platos. Levanta un dedo.

—Espera —dice—. ¿No serás...? —Hace un nuevo gesto de impaciencia y se da una palmada en la frente—. Oh, Dios mío, eres sorda.

¿Perdón? ¿Qué narices le pasa a ésta? Hago un gesto de negación con la cabeza y me dispongo a contestar, pero me interrumpe.

—Bravo, Bridgette —masculla. Se pasa las manos por la cara y se lamenta, ignorando por completo el hecho de que le estoy diciendo que no con la cabeza—. A veces, eres una víbora insensible.

Caray. Esta chica tiene un problema grave en el terreno de las habilidades personales. Es una especie de víbora, aunque se esfuerza por no serlo. Ahora cree que soy sorda. Ni siquiera sé qué decir. Sacude la cabeza, como si estuviera decepcionada consigo misma, y luego me mira fijamente.

—¡ME TENGO... QUE IR... A TRABAJAR... AHORA!
—grita muy alto y con una lentitud exasperante.

Me encojo y doy un paso atrás, lo cual debería darle una pista de que he oído muy bien sus gritos, pero no la capta. Señala la puerta que está al fondo del pasillo.

—¡RIDGE... ESTÁ... EN... SU... HABITACIÓN!

Antes de que me dé tiempo a decirle que deje de gritar, sale del apartamento y cierra la puerta tras ella.

No sé qué pensar. Ni qué hacer. Estoy completa-

mente empapada en mitad de un apartamento desconocido y la única persona a la que tengo ganas de pegar —aparte de Hunter y de Tori, claro— está a unos pocos pasos de mí, en otra habitación. Y hablando de Ridge, ¿por qué narices ha mandado a la psicópata de su novia, que encima es camarera de Hooters, a buscarme? Cojo el teléfono y ya le estoy mandando un mensaje cuando se abre la puerta de su habitación.

Sale al pasillo cargado con unas cuantas mantas y una almohada. En cuanto establece contacto visual conmigo, contengo una exclamación. Espero que no haya resultado demasiado obvio, pero es que hasta ahora nunca lo había visto de cerca... y a escasos metros de distancia es aún más guapo que desde el otro lado del patio.

Creo que nunca había visto unos ojos capaces de hablar. No sé muy bien qué quiero decir con eso, pero es como si bastara con que él me lanzara la más discreta de las miradas con esos ojos suyos para que yo supiera con exactitud lo que quiere que haga. Tiene una mirada intensa y penetrante y... Oh, Dios mío, llevo un buen rato mirándolo.

Al pasar junto a mí para dirigirse al sofá, curva la comisura de los labios en una sonrisa de complicidad.

A pesar de ese rostro tan atractivo y de su expresión un tanto ingenua, me dan ganas de pegarle la bronca por ser tan falso. No tendría que haber esperado más de dos semanas para contármelo. Me habría

gustado tener la oportunidad de planearlo todo un poco mejor. No entiendo cómo podemos haber pasado dos semanas charlando sin que él sintiera en ningún momento la necesidad de contarme que mi novio y mi mejor amiga estaban follando.

Ridge deja caer las mantas y la almohada en el sofá.

—No pienso quedarme aquí, Ridge —le digo con la intención de que deje de perder el tiempo mostrándose hospitalario.

Sé que me compadece, pero apenas nos conocemos y me sentiría mucho más cómoda en una habitación de hotel que durmiendo en el sofá de un desconocido.

Pero para ir a un hotel necesito dinero.

Cosa que no llevo encima en este preciso momento.

Cosa que está dentro de mi bolso, al otro lado del patio, en un apartamento en el que ahora mismo se encuentran las dos únicas personas del mundo a las que no me apetece ver.

Puede que el sofá no sea tan mala idea, al fin y al cabo.

Ridge termina de preparar el sofá, se vuelve hacia mí y después baja la mirada hacia mi ropa empapada. Contemplo el charco de agua que estoy dejando en mitad de su suelo.

—Oh, lo siento —murmuro.

Tengo el pelo pegado a la cara y la camiseta que llevo resulta bastante pobre —además de bastante transparente— como barrera entre el mundo exterior y mi sujetador, tan rosa como visible.

—¿Dónde está el baño?

Él me señala la puerta del cuarto de baño con un gesto de la cabeza.

Me doy la vuelta, abro una maleta y empiezo a rebuscar entre el contenido mientras Ridge vuelve a su habitación. Me alegra que no me haya hecho preguntas sobre lo ocurrido después de nuestra conversación de antes. No tengo ganas de hablar de ello.

Cojo unas mallas y una camiseta de tirantes, además del neceser, y me dirijo al cuarto de baño. Me molesta que todo lo que hay en este apartamento me recuerde al mío, a excepción de unas cuantas diferencias sutiles. Es el mismo cuarto de baño con las mismas puertas a derecha e izquierda que dan a las dos habitaciones contiguas. Una de ellas es la de Ridge, obviamente. Siento curiosidad por saber quién duerme en la otra habitación, pero no la suficiente como para abrir la puerta. La única norma de la chica de Hooters es que ni se me ocurra entrar en su habitación, y no parece de las que se andan con bromas.

Cierro la puerta que da a la salita y echo el pestillo. Luego compruebo los pestillos de las puertas que dan a las dos habitaciones para asegurarme de que no entre nadie. No sé si en este apartamento vive alguien

más aparte de Ridge y la chica de Hooters, pero prefiero no correr riesgos.

Me quito la ropa empapada y la dejo en el lavabo para no mojar el suelo. Abro el grifo de la ducha y espero hasta que el agua empieza a salir caliente para entrar. Me quedo bajo el chorro y cierro los ojos, agradecida de no seguir aún sentada en la calle, bajo la lluvia. Pero, al mismo tiempo, tampoco me hace muy feliz estar donde estoy.

Nunca se me habría ocurrido pensar que el día de mi vigésimo segundo cumpleaños terminaría duchándome en un apartamento desconocido y durmiendo en el sofá de un tío al que sólo conozco desde hace dos semanas, y todo por obra y gracia de las dos personas a las que más quería y en quienes más confiaba en este mundo.